



Prot N°: 22/101

24 de junio del 2022

Queridas hermanas y Familia del Sagrado Corazón:

¡Feliz fiesta del Sagrado Corazón! Desde los tiempos de Sofía, las RSCJ nos reunimos todos los años para renovar, en la Sociedad, nuestro compromiso de descubrir y dar a conocer el amor de Jesús. Nos detenemos, recordamos y volvemos a comprometernos. Sofía y sus compañeras se reunían como comunidad dedicada a “reanimar la antorcha de la fe y el sagrado fuego de la caridad” (Const. 1815, 1), en una época revolucionaria e inestable. Como a Sofía, el mundo en que vivimos nos llama, hacia dentro y hacia fuera, a examinar y reorganizar nuestras vidas, a reanimar “la antorcha de la fe y el sagrado fuego del Amor” para nosotras, para las personas a las que ayudamos y para nuestra Iglesia. A todas las personas que comparten nuestra misión y nuestra espiritualidad les invitamos a renovar con nosotras esta misión.

Qué estupendo sería decir que vivimos un tiempo de paz, de prosperidad para todos, con buena salud, con suficiente agua salubre y limpia, de inclusión e igualdad en la Iglesia y en la sociedad civil. Que vivimos en un mundo en el que podemos andar por la calle o cruzar una frontera sin miedo a la violencia ni a la discriminación por el color de nuestra piel, en un lugar donde cada persona se siente querida y segura y puede confiar en “el diferente”, donde cada uno ha recibido lo que necesita para prosperar. Tristemente, no es este el mundo de 2022. Lo que quizá es verdad es que cada momento de la historia trae consigo sus propios desafíos y que nuestro anhelo del reino de Dios, aquí y ahora, aviva la llama del amor radical y la pasión por encarnar el deseo de Dios como hizo Jesús.

No es casualidad que en medio de este mundo caótico y de esta crisis global la pequeña Sociedad de Sofía siga escuchando al mismo Espíritu que ella escuchó y busque el modo en que somos llamadas hoy a descubrir y dar a conocer el amor de Jesucristo. Actualmente, este camino como comunidad no es nada placentero. Podríamos descansar un poco, esperar a que el mundo sea un poco más seguro, o a que la economía se estabilice, o a que la Iglesia esté menos dividida, o a que se haya superado la amenaza de la guerra. Pero la realidad es distinta y hoy la situación del mundo y de nuestra gente nos llama a crear algo nuevo, a pensar y a actuar superando nuestros límites, a encontrar nuevas maneras de revitalizar nuestra vida y misión más allá de la seguridad de lo conocido, a ser mujeres y hombres de esperanza.

En esta fiesta del amor de Dios por la humanidad pedimos la fuerza que brota del Corazón traspasado de Jesús. Jesús lleva a la humanidad en su Corazón. Eligió “entregar la vida por sus amigos” como definitivo acto de amor, de voluntaria vulnerabilidad por nuestro bien.

He estado reflexionando sobre qué nos da fuerza para el camino. ¿Qué nos ayuda a “ensanchar las puertas de nuestras tiendas”, a estar abiertas a lo nuevo, a acoger a los y lo desconocido? Para escuchar la voz de Dios en nuestro interior y fuera de nosotras, para ser personas de esperanza en este tiempo de incertidumbre, necesitamos aprender a ser vulnerables y, a la vez, resilientes. ¿Cómo reconocernos a la vez vulnerables y resilientes? En su carta a los Romanos Pablo nos recuerda que somos reconciliados por la vulnerabilidad de la cruz y fortalecidos por el poder de la resurrección. En el Huerto de Getsemaní Jesús nos enseña lo que es la vulnerabilidad, y María y las mujeres que estuvieron al pie de la cruz y se enfrentaron al sepulcro nos muestran lo que es la resiliencia.

Creo que es verdad que para tocar nuestra VULNERABILIDAD, para estar dispuestas a abrirnos a lo desconocido, necesitamos experimentar una profunda seguridad, y tener también la certeza de que no estamos solas. He recordado lo que decimos cuando hacemos los votos y afirmamos cada año “segura de la fidelidad de Dios y del amor de mis hermanas...” No es fácil ser vulnerable, confiar en las demás, mostrar nuestras vidas defectuosas, reconocer y acoger nuestra necesidad de las demás. Y sin embargo Dios nos promete cuidarnos en nuestra vulnerabilidad.

Yo mismo apacentaré a mis ovejas y yo les daré descanso –así dice el Señor–. Buscaré las ovejas perdidas, recogeré las descarriadas, vendaré a las heridas, curaré a las enfermas: a las gordas y fuertes las guardaré y las apacentare como es debido (Ez 34,15-16)

Estas palabras captan la esencia del amor real de Dios por nosotras y nuestra llamada como religiosas del Sagrado Corazón a actuar y a amar de la misma manera. Descubrimos que Dios es el núcleo del que procede nuestra fuerza y al mismo tiempo estamos llamadas a cuidar al pueblo de Dios y unas a otras, en los buenos momentos y en los malos.

Y ¿qué significa para nosotras ser RESILIENTES? Aunque ser resiliente puede parecer contradictorio con ser vulnerable, en realidad significa ser capaz de recuperarse rápidamente de los momentos difíciles, o volver a ser una misma después de haber sido doblegada u oprimida. Significa aprender a levantarse después de haber caído, a perdonar después de haber sido herida, a permitir que nuestras heridas sean curadas, a elegir la vida en vez de la muerte, a creer en la Resurrección. Podemos rezar sobre lo que Jesús nos ha enseñado acerca de la resiliencia de la Resurrección en estos últimos años. La pandemia nos ha enseñado a ser vulnerables y también el poder de la resiliencia, especialmente con la ayuda de las demás y de las comunidades de las que formamos parte. Necesitamos seguir desarrollando las habilidades personales y comunitarias para ayudar a las demás a salir adelante en estos tiempos inciertos en nuestro mundo y en nuestras vidas. Ciertamente, la



Società del Sacro Cuore Casa Generalizia

invitación de Dios a aprender algo nuevo nos permitirá crear algo nuevo en nuestro interior y en el de nuestras comunidades por el bien de la misión.

Me gustaría invitaros a dedicar un tiempo a reflexionar qué significa ser vulnerable y resiliente, personalmente y como comunidad de hermanas y miembros de nuestra familia en esta travesía en la que nos hemos embarcado:

¿Cómo puedo reconocer y ser dueña de mi propia vulnerabilidad, concretamente en este momento y en el mundo en que vivimos?

¿Qué me/nos ayudaría a ser dueña/s de mi/nuestra vulnerabilidad y llegar a ser más resiliente/s?

¿Cómo el adueñarnos de nuestra vulnerabilidad y fortalecer la resiliencia nos ayuda a vivir la misión y a anunciar el evangelio? ¿A estar preparadas para empezar algo nuevo?

¿Cómo dejamos al Jesús con que nos encontramos en el Huerto y a María con la que nos encontramos junto a la cruz que nos cuiden en este tiempo de cambio?

Finalmente, hay algo que me gustaría que pensáramos, ahora que estamos creando nuevos caminos para el futuro: he estado pensando y rezando sobre esas personas que son más vulnerables, que corren el riesgo de perder el futuro, los jóvenes de nuestras ciudades, pueblos y zonas de campo. Quisiera que reflexionáramos sobre a qué nos llama hoy nuestro cuarto voto, el voto de educación de la juventud. Sofía captó la realidad del mundo en que vivía y la necesidad de asegurar un futuro para la juventud de Francia en medio del caos y de la revolución. Creo que todas estamos de acuerdo en que la gente joven, a lo largo del mundo, está sufriendo. Nuestros niños y jóvenes sufren las consecuencias, no solo presentes, sino también futuras, de nuestro mundo roto. No importa donde vivamos, vemos jóvenes que han perdido la esperanza, que carecen de seguridad, de fe o de confianza en los métodos e instituciones que utilizamos para dar sensación de estabilidad. También hemos visitado los lugares donde las RSCJ acompañan a los jóvenes en su búsqueda de sentido, a veces en las aulas y con frecuencia en ambientes más informales, incluyendo, y a veces especialmente en nuestras comunidades de hermanas mayores. Quisiera invitar a cada una a rezar sobre qué significa este cuarto voto cuando renovemos los votos este año. ¿Cómo nosotras, como congregación, vivimos hoy esta llamada? Intuyo que puede ser clave en nuestro presente y para nuestro futuro si queremos afrontarlo firmemente enraizadas en las intuiciones de Sofía. El Equipo general recibirá con gusto vuestras aportaciones sobre los pasos que podemos dar, teniendo en cuenta quienes somos ahora, con nuestras fuerzas y vulnerabilidades, para dar nueva vida a las palabras de nuestro cuarto voto, atentas a quienes llevan el futuro sobre sus hombros, para avivar nuestro compromiso de modo que sea el adecuado para nosotras hoy.

Quisiera terminar con una idea sobre el evangelio de la fiesta, imaginando a Jesús que encuentra a la oveja perdida. En uno u otro momento, cada una de nosotras somos esa oveja perdida – desamparada en una montaña, perdida en el desierto, desorientada en el camino, quizás herida. Recientemente he tenido la oportunidad de recorrer el precioso paisaje de Irlanda, durante unos días, con mi hermana. Nos llamó la atención el que las ovejas estuvieran marcadas con distintos colores – azul, rojo, verde, rosa. Supusimos que así los granjeros podían reconocer a sus ovejas. No vimos ningún pastor, pero estaba claro que las ovejas estaban cuidadas y marcadas con el sello de su pastor. Creo que así es como estamos con Dios, con Jesús – estemos donde estemos, en la cima de la montaña, en lo hondo del valle, o pastando pacíficamente en el campo, estamos marcadas con la señal del Corazón de Jesús, cuidadas aunque no seamos conscientes de la presencia de Dios, buscadas cuando estamos perdidas. Dios lo hace por nosotras y estamos llamadas a hacerlo por cada persona y por nuestro mundo. Seamos pastoras unas de otras y de nuestra gente y dejémonos pastorear por nuestro Dios fiel y por quienes dan a conocer y hacen presente cada día el amor de Dios en nuestra vida.

Barbara mj.

Barbara Dawson RSCJ
Superiora General